

La corbata y otros

ensayos
ensayos
ensayos

pedro mena
bermúdez



LA CORBATA

y otros ensayos

PEDRO MENA BERMÚDEZ



La corbata y otros ensayos

Primera edición, 2016.

D.R. Pedro Mena Bermúdez

D.R. Los otros libros

Pedro Hernández Valenciano núm.36

Col. Mineral de la Hacienda C.P. 36270

Guanajuato, Gto., México

Cuidado de la edición y diseño editorial:

Ana Paulina Calvillo

Los Otros Libros promueve la libre difusión del arte y la cultura, es por ello que alienta a sus lectores a descargar y compartir sus publicaciones.

*Para Pola Corentina, pese a la distancia;
para Luz Guerrero, por la compañía y
cariño; y para Bartolomé Calderón,
por las experiencias compartidas.*

LA CORBATA

No me tiembla el pulso cuando suscribo que todo hombre ama las corbatas. Quizá odie anudarla por falta de destreza, quizá repudie el estampado, o el color de alguna por parecerle afeminado, tosco, pasado de moda.

De hecho es razonable odiar las corbatas cuando aparecen en nuestras pesadillas, o cuando su precio no corresponde a la calidad que se busca con esmero; también es lícito deplorar de ellas cuando son el regalo navideño y no combinan con el casimir recién cortado que guardamos en el closet; nadie en sus cabales ama una corbata corrugada o con restos de un postre

imperfecto (sin queso). Alguien que se precie de *gentleman* odia las corbatas en lo más profundo de su corazón, cuando éstas han sustituido a la soga en la nota roja del diario vespertino, pues ama en ellas su función ornamental y galante.

El hombre desaliñado, el rebelde, el desobediente social y más de algún reaccionario del álgebra árabe, odian, en su conjunto, las corbatas en su pecho, no por ideología y sistema sino por estética, saben que su fatuidad se vería diezmada con este pedazo de tela anudada al cuello. Y no es para menos, quien porta una corbata, sea cual sea su calidad, lo hace con respeto, con orgullo, ése que está emparentado con la humildad y rara vez merece comentarios.

Benito, el que vende gelatinas a los oficinistas, me dice, *mire amigo, esos tipos son unos guandajos, llevan el nudo de su corbata sin ningún rastro*

de decoro, parece que se han amarrado una agujeta al cuello. Vuelvo la vista al pescuezo de los oficinistas y asiento con cierta agrura lo dicho por Benito, quien, por cierto, usa un nudo Winstor en la corbata color amapola que luce impecable en su camisa blanca. Benito ama las corbatas, los oficinistas aman las corbatas pese a la rusticidad del trato con ellas.

El gendarme, que ocasionalmente me pide un cigarrillo, lleva una corbata blanca y dice mientras fuma, *lo único que no me gusta de este vicio es que apesta mi boca y mi corbata.* Me despido de él y se hace más urgente en mí dejar de fumar.

También Gumaro, el que afina su clarinete en el jardín, me ha dicho con rubor ciertas mañanas que odia al director de su orquesta dado que se inclina por las pajaritas y desdeña las corbatas. *Me importa un bledo lo que diga el director, no es Karajan, así*

que no me pesa ser indisciplinado al respecto, llevo mi corbata oscura tan pegada al cuerpo como mi clarinete.

Todo hombre ama las corbatas, le digo a Juan Diego, profesor de lógica. Él guarda un cauto silencio antes de gesticular con su nariz cierta molestia. Se rasca las solapas del blazer caqui que porta, luego se reacomoda la corbata y responde: Eso es un anatema, sin embargo, a nadie le importa esta observación. A veces me siento inclinado por colores más vivos en mis corbatas, pero este atuendo de académico tiene sus normas y yo no seré quien las rompa.

Me dice Ambrosio, sastre con cuarenta años de experiencia, que él aprendió a ponerse las corbatas con amor y ternura, cantando frente al espejo, sin prejuicios de clase social ni mustia pedantería. Agrega que las prefiere oscuras, a rayas y de lana italiana, que nunca ha vendido las propias a pesar de que le han ofrecido una ingente

cantidad de billetes por una de ellas.
Están cerca de mi corazón, eso no se vende, se regala. Y me entrega la que lleva puesta.

EL REGALO

A veces, sí, a veces uso corbata para parecer más escritor, no me basta la pluma ni el libro en mano, la *lap* en la mochila y las gafas ligeramente gruesas y algo empañadas.

He leído más solapas de libros que libros, más contraportadas de libros que libros; no lo hago por exigencia a la hora de pagar y decir que llevo en mano una obra señera o algo parecido. Busco, ante todo, la fotografía del escritor. Clavo la mirada en el atuendo de quien suscribe la obra. En cantidad considerable he visto que los escritores usan corbata. Claro, no todos lo hacen, algunos optan por un rostro histriónico, una melena desgarrada, las ojeras

de una eterna rebeldía e inconformidad, el cigarrillo en la jeta, su timidez a plomo. Pero aquellos que usan corbata son los que llaman mi atención, los que capturan mi vista y alimentan mi fascinación. Este tipo de escritores me parecen funcionarios de un Estado imaginario, catedráticos de una Sorbona instalada entre el escritorio y las nubes, digo esto sin ánimo de ofender, sin sarcasmo ni vituperio ornado de halago.

Un escritor con corbata me parece que no es del todo escritor, que se anda por la vida ganándose el pan como vendedor, como litigante, como asesor de modas o de guardaespaldas. Es decir, este tipo de escritor no respira exclusivamente libros y cigarrillos. Se le ve en la calle calibrando su reloj de pulsera cuando toma el autobús, el cual, en realidad, también es su estudio. Este tipo de escritor escribe en el transporte público lee poco, fisgonea

a la vecina, al cantautor en turno, se deja ver encorbatado al grado de ser invisible como escritor, no se anda con estilizaciones en su caligrafía ni duda de su ortografía pues la tiene bien calada por su otro oficio que no es el de ser escritor. Este tipo de escritor con corbata es lo opuesto al escritor solemne de entrañable mezclilla y playera, de barba incipiente y rostro hirsuto. Este tipo de escritor no se cree tan novelista o poeta, no termina colgado de su apartamento ni deja una obra tenebrosa para glosadores adictos al sufrimiento ajeno, a la comidilla de sus amoríos o los pleitos con el traductor al serbocroata que malogró la obra de su periodo tardío. A este tipo de escritor le da por ser galán sin ostentar métrica en sus cumplidos a la dama de no mal ver que toma aire por la ventana del autobús. Este tipo de escritor bebe jugos naturales, rara vez padece la cruda, se ejercita en un jardín y va al

gimnasio a tonificar su abdomen. Este tipo de escritor firma la obra que no es suya sin agravio de cometer plagio, goza los cheques que cobra.

Su obra no es conocida, ni estudiada por millones a la vez. Es el que escribe todo aquello que no está destinado a ser objeto de culto por una crítica versada en escritores marginales o cumbres de tal o cual literatura. Vaya, conozco a pocos de éstos. Son los que escriben sin miedo a ser tildados de arribistas o conservadores, de hijos de papi o mantenidos por el gobierno; usan corbata, impecable, *ad hoc* con una camisa sin arrugas. Este tipo de escritor sólo es escritor en un momento dado, cuando actúa como tal, cuando la cámara apunta a su mano y un director histérico le pide sea menos fatuo en su papel.

AMARILLO DE INFANCIA

Mis primeros recuerdos relativos al continente asiático, y en particular al Japón, son vulgares¹, y por ello mismo, entrañables.

*

Cuando niño, la tía M iba de visita a nuestra casa; comíamos algo inusual, jamás probado por nuestro paladar, ella lo cocinaba. En ese entonces sólo tenía dos hijas, las cuales, tímidas y disciplinadas, nos sonreían con ternura a mis hermanos y a mí. Al terminar de comer, venía el postre, algo ajeno a nuestra costumbre. Nos compartía por mitad, a cada uno, un sabroso pay de queso y, a veces, de piña, el cual era mi

favorito. De la ceremonia del postre seguía el paseo a Las Importaciones, una cadena de tiendas donde remataban productos asiáticos. La tía M y sus niñas conocían a detalle los pasadizos de esa cadena. Para mí, aquello era un laberinto, y no precisamente el de Creta, sino el de un mosaico conformado por China, Taiwan y Japón.

En Las Importaciones había todo tipo de objetos, con usos tan inciertos como atinados. La tía M ordenaba a sus hijas que nos asistieran en el recorrido, además, con una sonrisa sin malicia, daba por sentado el que pudiéramos escoger algún producto de nuestro interés. Rara vez puntualizó minutas respecto del precio o tamaño de lo que eligiéramos. Acordaba reunirnos a todos en un punto común al finalizar las compras.

Acompañado por la mayor de las niñas de la tía M y por mi hermano menor, iba descubriendo esos productos

extraños en mis manos. Jamás había visto una cubeta con porta bolsa para jabón en polvo, ni una araña de terciopelo para rascarse la espalda, otros objetos como aquel labial color neón con sabor a cereza, la cachucha con antena para radio FM, algunas muñecas con pelo amarillo y voz siniestra (supongo que decían *mami* en mandarín), me vienen a la memoria como fotogramas *vintage*, al igual que los rompecabezas monocromáticos de cinco mil piezas, el corta jitomates (útil incluso para blanquillos, según la imagen de su cajita) o —y me parecía imposible en ese entonces— un televisor con doble pantalla (la cara anterior proyectaba las imágenes a color y la cara posterior en blanco y negro). Todos estos “necesarios” adminículos, estibados a tropel en un sinfín de anaqueles metálicos, eran de origen chino o taiwanés. Por cierto, mucho más económicos que los *made in Japan*, según rezaba la

leyenda impresa en la estampita oval de color dorada junto al precio, el cual estipulaba un importe por menudeo y otro por mayoreo.

Pese a que los objetos japoneses se-
mejaban decoraciones para colgar en
paredes de sala o figuras para un entre-
paño de recámara, como las máscaras²
y los abanicos³, me daba la impresión
de que ocultaban algún uso y sentido
más allá de lo ornamental o pragmá-
tico, como sucede con las *oiran geta*⁴,
parecidas a las sandalias de pata de ga-
llo que se usan en México, pero extre-
madamente altas. La misma impresión
me causaba el Buda, el cual no sólo
era un muñequito obeso para colocar
en la vitrina al costado de una taza de
talavera. Años después corroboré esas
sospechas. Pero en ese momento de
mi vida, a mí me interesaban más las
chucherías chinas o taiwanesas y no el
trasfondo simbólico de los objetos de
la cultura asiática. Además pensaba

que tanto los chinitos como los taiwanos, estaban locos. No me explicaba cómo un objeto era tan barato viniendo de otros países. Por tanto, a manera de imperativo categórico, asumí el deber de comprar, por medio de la tía M, algunos de sus productos, antes que los hombres amarillos cayeran en cuenta del error cometido a la hora de etiquetar con esos precios sus mercancías y dieran parte a Las Importaciones para que de inmediato corrigieran esas lamentables erratas. “Edad de Oro es la niñez”, dice Novalis; cuánto echo de menos aquellos años donde la ingenuidad hacía de discernimiento...

**

En una de tantas visitas, la tía M me compró un estuche para guardar lápices y plumas. Cuando lo abrí me pareció el objeto mejor diseñado del mundo. Tenía, en efecto, un apartado exclusivo para plumas y otro para

lápices, además de otros rincones para colocar el sacapuntas, la goma, una engrapadora, una regla para medir, una mini calculadora solar, incluso un pequeño basurero para puntas rotas y virutas de lápices. Vaya, el objeto era brillante, me temblaban las manos al acariciarlo. Cuando intenté darle uso, no pude. Las medidas de cada apartado no correspondían con las de los utensilios que ahí quería acomodar. Era un estuche miniatura, seguro que un Walter Benjamin, “apasionado por el mecanismo de la miniaturización como herramienta de la fantasía”, nos lo recuerda Susan Sontag en el mítico ensayo *Nacido bajo el signo de Saturno*, le hubiera apreciado de un modo más aprensivo. Al verme el ceño fruncido mi madre dijo *lo barato sale caro, ni modo hijo...*

La maestra Angélica, en sexto año de primaria, encomendó el aprenderse

de memoria los nombres de los países del mundo y sus respectivas capitales, además de poderlos ubicar en un globo terráqueo de latón y en un mapa de colores pálidos; hasta ese entonces, supe dónde estaba Japón. Me dio alegría tener el dato geográfico de aquellas tierras donde las personas son amarillas e inventan y exportan muchas chácharas, entre ellas, los televisores Sony. En casa de mis padres había un modelo de esta marca que tenía por característica ser *trinitron*; aún hoy desconozco qué quiera decir esto. Lo cierto es que nunca dio problemas, jamás se descompuso. Sin rodeos, yo le amaba patológicamente, sobre todo cuando trasmitían, por el Canal 5, las matinés de películas de *ninjas*. No había poder humano que me quitara del sofá mientras un par de sujetos encapuchados se daban de palos y puños entre ellos, ya lo hacían con *katanas*, *kunais*, *shuriken* afiladas, con chacos que producían para

mis oídos una especie de ensamble de percusiones. El espectáculo de ver un combate cuerpo a cuerpo me hacía soñar despierto en la posibilidad de que yo llegara a contorsionarme y volar de esa manera. “Nadie sabe lo que puede el cuerpo”, suscribía el filósofo geómetra y optometrista de Dinamarca, Baruc Spinoza.

A la edad de 15 o 16 años me enamoré de la literatura japonesa. El que me removió las vísceras fue Yasunari Kawabata, el escritor de bambú que no dormía. Ahora, escribiendo estas notas me doy cuenta cuánto me engañé durante años creyendo que Borges me había incitado a darle a la pluma. No, fue Kawabata. Él, en su *Diario de un joven*, me hizo ver que sean cuales sean las condiciones sociales, morales, religiosas, de salud física o emotiva de un individuo, puede escribir. De

alguna manera su diario me motivó en el camino de las letras. Traer al presente ese recuerdo me obliga a decir que a Kawabata lo conocí en una perfumería ambulante, la cual tenía mala fama de expender lociones ficticias hechas en China o Japón. La vendedora me regaló en la compra de una loción unos ejemplares de revistas monográficas sobre autores que habían recibido el Nobel de literatura. A partir de ese momento memoricé el rostro y nombre de Yasunari Kawabata para buscar libros de él en los tiraderos y librerías de viejo donde he comprado aquello que me es difícil soltar.

1. En el sentido originario de *vulgus*, *vulgi*, que refería a la muchedumbre, y no a lo indecente, como en el latín tardío.

2. *Hannya*, *Nohmen* u *Omote*, son algunos términos para referir las máscaras que se usan en el teatro japonés *Noh*, las cuales simbólicamente y arquetípicamente refieren las mutaciones que padece una persona al ser esclava de sus sentimientos más oscuros, o lo que occidentalmente denominamos como

demonios internos. Fuera del ámbito dramático, la máscara, particularmente la *Hannya*, debido a su origen mitológico, se usa como amuleto para el cuidado del hogar, cumple la función de ahuyentar el flujo energético de los espíritus dañinos. También son parte del folclor, del arte, de los tatuajes, los videojuegos, el cine, los *animés* y las *mangas*.

3. En el siglo VIII los chinos ya usaban un tipo de abanico fijo. Aún se discute si ellos inventaron dicho instrumento o fueron los coreanos. Lo cierto es que los japoneses confeccionaron los primeros abanicos plegables también llamados *komori*. La leyenda dice que un fabricante japonés, al observar las alas de un murciélago, tuvo la idea. En el Japón los abanicos eran utilizados instrumentalmente para abatir el calor y anotar quehaceres pendientes. Posteriormente se diversificaron sus usos simbólicos en la indumentaria que se usaba en el baile, en el teatro *Noh* y *Kabuki*, donde denotaban diferentes estratos en la sociedad; en la literatura se usaron como soporte material de poemas; en la pintura pues se plasmaban en ellos paisajes y retratos; en las artes marciales como armas llamadas *tessen* (los había del tipo plegables llamados *menhari-gata*, o los fijos, conocidos como *tenarashi-gata*); también simbolizaban autoridad entre los *ninja* y los samurái. En el presente se continúan algunos de estos usos y se han multiplicado otros, como los publicitarios en el comercio o los propagandísticos en lo político.

4. Una *geta* es básicamente una plantilla de madera con dos soportes en la parte baja y una tira en la superior. Las *oiran geta* son sandalias muy altas y estilizadas que usaban las cortesanas de alta jerarquía (llamadas también Flores de Edo). A diferencia de otras cortesanas, las *orian* tenían el privilegio de pasear por la calle saludando a sus clientes. En ciertos contextos, no es difícil asociar las *oiran geta* con las zapatillas con suela de plataforma que usan algunas prostitutas de renombre en Occidente.

EL GUERRERO DE LAS SOMBRAS

Denostar la imagen estereotipada del *ninja* es común denominador en los materiales “serios” que informan acerca de este personaje. Esta perspectiva inquisitiva anticipa al lector para dudar de aquello que las películas, revistas, *mangas* y *animés* dicen del *ninja*. Golpes, gritos, capuchas y armas punzocortantes no son más que un corolario pobre de este personaje. Pese a esta imagen mediática del *ninja*, tipificada como distorsionada, no cabe duda que ha calado hondo en occidente, además ha servido de acicate para los curiosos de la cultura asiática.

Aunque respinguen, más de algún sinólogo o japonista occidental tienen

como antecedentes la idolatría a los *shinobi*. Incluso un poeta no japonés, antes de escribir *haikus* intentó en su infancia saltar insólitamente de un lugar a otro como *guerrero de las sombras*. Algunos versados en cultura asiática jamás confesarán su bochornoso pasado de niño-*ninja*.

Las advertencias respecto del estereotipo del *ninja* son completamente ciertas. Un *ninja* mediatizado es una sombra del *guerrero de las sombras*. Extenderme en la historia, literatura y psicología de los *ninjas*, y sobre todo en los escasos practicantes del *ninjutsu*, es imposible en este espacio. No obsta lo anterior para tantear una ilustración del *ninja*.

Ninja o *Shinobi no mono*, es la fonetización del ideograma (*kanji*) 忍者. Si analizamos el primer ideograma 忍 veremos que se compone de dos elementos. El primero (*To*), el que aparece a nuestra vista en la parte superior,

denota la idea filo cortante, y por extensión, cuchilla o espada; el otro elemento, el de la parte inferior (*Kokoro* o *Sin*), refiere a la idea de corazón, mente (voluntad), espíritu. En su conjunto, este ideograma representa la imagen de un corazón impasible ante cualquier adversidad. 忍 se lee *shinobi*¹ y significa hacer algo de forma secreta y sigilosa, también capacidad de aguantar, perseverancia o paciencia. Además, el ideograma 者 (*Nin* o *shinobu*) refiere cariño y benevolencia. En este contexto semántico *Nin* o *shinobu* puede interpretarse como: “Aunque mi enemigo sostiene su espada sobre mi corazón, yo voy a perseverar y eventualmente vencer”, o “Como la voluntad que soporta el aguijón del sable”.

La esencia del espíritu *ninja* es un corazón formado y entrenado, agradecido de las cosas y de la coexistencia con otros seres. Un *ninja* no se aparta de la unidad o totalidad, ello

conllevaría una división; y la división dentro de un corazón es símbolo de enfermedad y miseria, en el orden físico, mental y espiritual. Los *ninjas* se curaban a sí mismos mediante la integración de los aspectos disociados, de sus sombras², de ahí que también se les llame figurativamente *guerreros de la sombra*. Lograr la totalidad para el *ninja*, mediante el *ninjutsu*, generaba la sensación de estar con los pies plantados sobre el firme suelo de su propio interior, sobre un fragmento de eternidad interna que ni siquiera la muerte física puede tocar.

1. Los *shinobi* tuvieron una gran actividad en Japón entre el s. XIV y principios del XVII. Muchos *shinobi* nacieron en la región de *Iga* y en *Kōka*. Al entrar en el pacífico periodo Edo, los *shinobi* siguieron existiendo y sirviendo a los *Daimyō* (señores feudales), pero sus actividades pasaban desapercibidas para los civiles.

2. Cualidades con las cuales no sabemos de qué manera relacionarnos y que, por tanto, hacemos a un lado, así como cualidades que no teníamos la más remota idea que existieran.

UNA CAJA LLAMADA IDIOTA

No odio ni deploro tener algo llamado televisor, está ahí en la sala, sobre el mueble de aglomerado y formaica, acumulando polvo y un tanto de partículas que desconozco; hace las veces de resguardo para mosquitos o de mascota lampiña que avisa la presencia de niños en casa, lo sé pues tiene mal calibrado el volumen, suena fuerte cuando lo encienden y el *puk* repiquetea en mis oídos seguido de una cancioncilla de caricatura.

Lo cierto es que ya casi tengo dos años sin apoltronarme frente al televisor y darme un baño de rayos catódicos. Mi amigo X, a quien le comento los preliminares de este texto, me cuestiona

sobre mi postura moral al respecto, alegando que hago bien en no estar frente a la “caja idiota”. Levanto las cejas al escuchar la glosa antimperialista de mi interlocutor, reservándome el comentario a sus diatribas acaloradas en contra de tal o cual televisora. Cuando se despide, le recuerdo que hoy cenamos en mi casa. Luego, a solas, me pregunto a mi mismo: *¿Odias el televisor?, ¿Detestas la programación de las televisoras? ¿Deploras haber estado durante años frente a la “caja idiota”, según la sentencia acuñada por el fenecido Carlos Monsivais?*

Francamente me confieso ambivalente al respecto. Me respondo con versos de Paul Celan: *Sprich — / Doch scheide das Nein nicht vom Ja (Habla / Pero no separes el No del Sí).*

Tengo buenos recuerdos frente al televisor, de una u otra manera la pasaba bien con mis hermanos cuando veía *El Chavo del Ocho*, o cuando

años después observaba los noticiarios con mi mamá, además no cambio esas charlas con mi padre cuando conocí con él la función sabatina de box. De esos años el recuerdo desagradable que tengo es no estar viendo el televisor encendido. Así me reprendían cuando no hacía la tarea temprano. Posteriormente, cuando el lector que hay en mí le ganó al telespectador, dejé sutilmente de ver el mundo a través de la caja *sony* de la sala. No hace muchos tiempo que volví con enjundia a ver algunos programas que francamente volvería a ver hoy sin remordimiento. Me refiero, y son legión, a todos aquellos donde la comida y su manufactura son el personaje estelar. A veces pasaba que había un programa en tal televisora, calificado como cultural, como producto nutritivo para un cerebro ávido de información y que al referirlo, en diálogos con los amigos, nos hace parecer cultos por el sólo hecho de verlo, vaya,

digno de agenda, y simultáneamente transmitirían la final de *Iron Chef America*. Sin chistar, optaba por el segundo.

Mientras evocaba esas anécdotas, me acordé de la cena y de un centenar de recetas anotadas en un cuadernillo no sólo vistas en *Iron Chef America*. Elegí una observada en el programa llamado *La ruta del sabor* y, a falta de algunos ingredientes, la emulé con cierto esmero. Llegó puntual mi amigo X, lo hizo festejando el aroma de la sala y solicitando habláramos largo y tendido sobre los conceptos de televisión, televisor, etc., y mi texto (el cual, por cierto, deseché). Le serví la cena, y mientras notaba que se chupaba los dedos, le preguntaba: *¿En serio la “caja idiota” es un crimen contra la humanidad?* A lo que me respondía con una seguridad inquebrantable: *Claro que sí, pero ahora cenemos.* Agradecí en silencio ver tantos programas de cocina. Provecho, *mon cher*, le dije. No se volvió a tocar el tema de la televisión en esa noche.

LA PIEDRA Y EL SEMÁFORO

1

Digamos, y vale en este espacio y tiempo, que aquél que diga “hago arte”, es artista. Entretenerse en una definición conspicua, por ahora, resultaría lastrante.

2

Qué tanto de romántico tiene el imperio del asfalto para quien ejerce ahí su arte. Hay artistas que salen a la calle, y los hay en situación de calle. Para los primeros, la respuesta quizá venga acompañada de una sonrisa, de un encanto con tufo a logro o vanguardia (hoy casi todo es vanguardia, hasta el hecho de que no lo sea). “Tomar la calle” ha sido

para estos artistas un lábaro contra la solemnidad y rigidez que imponen los espacios consagrados para exponer la obra de arte. Es también un guiño de complicidad con las formas líquidas en que se manifiesta la rebeldía o inconformidad del artista frente a su mecenas o su público. Digamos que también es una fórmula del populismo más ramplón para hacerse de un público sin voluntad de espectador. De estas observaciones y pastiches están repletas ingentes cantidades de páginas adoquinadas como tesis, artículos, monografías, estudios, etc. Ésta es la forma culta, sublimada del arte en la calle. Voy a paso agigantado, el espacio no permite sutilezas.

3

Y están los otros, los artistas en situación de calle. Con su indumentaria *ad hoc* para protagonizar la nueva película de un Buñuel resucitado por obra

y milagro de la genética. Ahí están, frente a uno, con la mano estirada al terminar su intervención, su malabar con piedras de cantos filosos. Ahí, bajo el semáforo, columpiando las piernas cansadas por brincar, digamos danzar, para evitar herir susceptibilidades. Ahí están, dando un buche a la gasolina y preparando la cerilla para arrojar el fuego a cierta distancia de nosotros, el público, ávido de ver al sujeto incinerar sus pulmones, como en tiempos en que el Coliseo romano rebosaba de espectadores. Ahí están, en la calle, agazapados en una jardinera ensayando con histrionismo la advertencia “prefero divertir a robar”. Uno de ellos me dijo que no le tomara fotos, que no le debía nada a nadie, que si fuera artista le pagarían. Amenazó con hacerme la competencia como plumífero. Cumplí con disculparme. Me alejé en busca del que torea al Solovino, no lo encontré, sólo a los perros olisqueándose la cola

unos a otros, y los demás trompeando los basureros, libres de su “guapo” pastorcillo. Otros artistas me han dicho que están en la calle por razones políticas, no van a favor del sistema, no son vendidos, no son muñecos del tardo-capitalismo feroz, ni alimañas de galería arribista. Yo tampoco voy con el sistema, pienso, pero me agrada calzar zapatos finos y vestir camisas Cristian Dior (también uso las Gris Pior, para no olvidarme del slogan *Soy totalmente harapo* y estar a la moda con eso de “simpatizar” con la clase “olvidada”, de la cual no soy ajeno).

4

En fin, eso de “artista de la calle”, “artista en situación de calle”, es algo tan relativo que un par de Einstein más tres kilos de Stephen Hopkins elevados al cubo con la variable Husserl tardarían hartito en dilucidarlo. Para algunos el aplauso y unas monedas *son quítate*

de mi vista, para otros la culpa sentida está valuada y pagada en una frase de aliento: Échenle ganas muchachos, un día van a estar en Bellas Artes.

5

Mientras tanto, bajo el semáforo, las piedras esperan con paciencia a su artífice.

EL LIBRO Y SUS DETRACTORES

Libros vemos, lectores no sabemos...

Coincido por azar, es decir, por una simetría misteriosa del universo, con personas de cultura libresca, lectores patológicos, lectores de ocasión, bibliófilos, mitómanos con pluma, con escritores novatos y profesionales, con los manidamente ágrafos y tijeretas de todo aquello que no hayan firmado ellos, y también con gente reacia a cualquier forma de lectura voluntaria. Con cada una de estas personas me he llevado sorpresas amargas, cuando las coincidencias en gustos abruma; y gratas, cuando las observaciones compartidas difieren sustancialmente de la imagen del mundo que me hago.

Hace poco, un amigo al que le vendo libros, me comentaba la experiencia que ha vivido como administrador de un grupo de Facebook donde se venden, intercambian y regalan libros entre sus usuarios. Palabras más, palabras menos, le estaba resultando un quebradero de cabeza el proponer algunos principios que regulen las transferencias en el grupo, con la única finalidad de evitar tratos dolosos, además de impedir que dicha agrupación devenga en un tiradero de publicidad caritativa sobre la adopción de perros en situación de calle, o la propaganda de los desinteresados servicios de un filántropo prestamista de dinero, por citar un par de ejemplos entre millares.

Al no tener experiencia, ni conocimiento de causa precisa sobre las preocupaciones de mi amigo, le ofrecí mi oído y algún tipo de aliento, ahora difuso en mi memoria. Llegó el momento en que me compartió su disgusto por

una situación particular: la querrela y animadversión que despiertan, entre cierto tipo de lectores “intelectuales”, la compra-venta, y su respectiva lectura, de los llamados *best-seller*. Algunos de los miembros del grupo se oponen a que se difunda este material, alegando en que no son “buenas lecturas”. A esta altura de la charla me permití opinar, con tosquedad en mi tono, algo al respecto.

Le dije que ese tipo de juicios me parecían algo maniqueos en cuanto demarcación violenta entre buenas y malas lecturas. Juicios, además, muy socorridos entre los estudiantes universitarios (no sólo de letras o de filosofía), deserciones que me parecen miopes y estrechas, además de restrictivas en lo que concierne a nuestro supuesto ejercicio de libertad de creencias y gustos. Sé, porque en algún momento fui estudiante de la licenciatura en filosofía, que el encono al *best-seller* es

una especie rito obligado donde ese material es el chivo expiatorio en los festines del intelecto. También sé de esto porque yo prorrumpí más de una vez alegatos a favor de Jostein Gaarder en detrimento de Carlos Cuauhtémoc Sánchez, para referir uno de tantos trofeos bochornosos de aquella juventud mía cada vez más lejana. La distancia, en términos de tiempo, lecturas y vivencias, no me ha hecho cambiar mucho de opinión al respecto, pero puedo decir que hoy trato de respetar tanto al *best-seller*, sea novela, manual de superación personal o glosa de autoayuda, como a su cautivo lector. El poco o nulo valor literario de un libro, intencional y mercadotécnicamente confeccionado como producto de consumo masivo, no es ápice para urgir una quema pública de estos materiales, y con ello impedir el alelamiento a granel de la indefensa masa que ignora obras canónicas en tal o cual lengua (muchas de

ellas en su momento fueron también diagnosticadas como basura y dignas de la pira). Con esto no quiero decir que las *Sombras de Grey* vayan a ser la continuación de la literatura libertina y transgresora que cultivaron Sade o Bataille, o que el manual de autoayuda *La felicidad en tres pasos*, vaya a desplazar los tratados de *Ética* de Aristóteles, o derogar los *Escritos sobre moralidad y eticidad* de Jürgen Habermas. Y es que la verdad de Perogrullo —que tanto irrita y purga a gente sesuda y “bien pensante”— es legítima en estos casos: cada cual con sus gustos.

Otra observación que me permitió manifestarle a mi amigo fue respecto a los manuales de autoayuda, los cuales son una especie de lepra en las manos de los letrados, me refiero a los pavorreales que leen con fruición, a los supuestos inconformes con el imperialismo, o a los abolicionistas de “tradiciones religiosas o estéticas”. Las

actualizadas razones a las que apelan los buenitos detractores de la literatura de autoayuda las desconozco; en mis años de estudiante sólo se trataba de proferir un gesto cerril de desprecio y ya. Le decía a mi amigo, el hecho de que la gente se afane en leer manuales de autoayuda no es propiamente un problema que atañe a la literatura, sobre todo aquella que en su versión monolítica y fosilizada se propaga en las facultades de letras. El problema es la profunda necesidad psicológica, también tipificada como existencial o espiritual, de la gente que busca alguna receta para no sentirse desamparada en éste, su mundo. A esa gente que escudriña ayuda en los materiales impresos, le va y le viene el que una obra contemporánea sea el eco de una tradición exegética o la ruptura de una vanguardia anquilosada.

El que unos cuantos sean apólogos de la erradicación de la literatura

para la masa, tipificada como inculta, en oposición a los gremios o cotos de intelectualidad informada, se traduce en un odio y enemistad al libro como soporte tangible y material de la memoria humana.

Para ilustrar esta última aseveración me voy a tomar la libertad de extenderme en algunos datos, anteponiendo un breve planteamiento que años atrás ocupé en un articulito.

El fuego y los libros

Fernando Báez comprimió doce años de estudio sobre la biblioclastia en su ensayo, de título borgeano, *Historia universal de la destrucción de libros* (Destino, 2004). El ensayo de Báez gira en torno a una premisa: a los intelectuales les gusta ver arder libros. El desarrollo de este título, que por paradójico no deja de ser cautivante, apela, para evitar ambages innecesarios, al dato crudo de la historia y a los inmediatos

hechos sobre la destrucción de libros.

Báez ampara su afirmación señalando la contradicción inherente a la cultura del libro: mientras más culto es un pueblo o un hombre, está más dispuesto a eliminar libros bajo la presión de mitos apocalípticos. El libro no es destruido como objeto tangible sino como vínculo de memoria. Báez sostiene:

El libro da volumen a la memoria humana. Quien destruye un libro aniquila la memoria que éste protege, el patrimonio de una cultura entera. La destrucción se cumple contra cuanto sea amenaza directa o indirecta a un valor considerado superior.

Al establecer las bases de una personalidad totalitaria, el mito apocalíptico impulsa en cada individuo o grupo un interés por una totalidad sin cortapisas. Curiosamente, los destructores cuentan con un elevado sentido

creativo; poseen su propio libro, que consideran eterno. Báez señala que:

Cuando el fervor extremista apriorístico asignó una condición categórica al contenido de una obra (llámese Biblia, Corán o el programa de un movimiento religioso, social, artístico, político), lo hizo para legitimar su procedencia divina o permanente (Dios como autor o, en su defecto, un iluminado, un mesías).

El caso griego

Son legión los estadistas, líderes profesionales, filósofos, eruditos y escritores que han reivindicado la biblioclastia.

Pongamos por caso primero a la cultura griega, para no denostar la tradición que ve en ella el epicentro de occidente. Y demos un repaso atómico por sus estadistas, profesionales, filósofos, eruditos y escritores reivindicando la biblioclastia, pues los griegos no sólo

barruntaron el concepto de logos, sino que también cultivaron la piromanía sin mucho sonrojo.

Recordemos al sofista Protágoras de Abdera (siglo v a.C.), acusado de impiedad (al igual que Sócrates) por los demócratas atenienses que llevaron a la hoguera pública su libro *Sobre los dioses*.

Diógenes Laercio, biógrafo y difamador profesional, afirmó de Platón que no contento con expulsar a los poetas de su república ideal, intentó quemar los libros de Demócrito e incineró sus propios versos al conocer a Sócrates.

El padre de la medicina occidental, Hipócrates de Cos, en cierto momento de su vida, quemó la biblioteca del templo de la salud de Cnido.

Otras piras

No es ocioso mencionar que en China, el emperador Li Si, por consejo de su

subordinado Zhi Huang Di, quemó todos los libros que defendían el retorno al pasado, lo cual sucedió en el 213 a. C.

Asombra a muchos el hecho de que Cesar Augusto, protector de Virgilio, en el año 8 d. C. prohibiera la circulación del *Ars Amatoria* de Ovidio, además de torturar y perseguir a otros escritores y calcinar sus obras.

Fray Diego de Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá y gestor de la llamada *Biblia Sacra Polyglota* (en griego, hebreo y caldeo, con traducción al latín), quemó los libros de los musulmanes en Granada. Algo parecido sucedió aquí en México, con Fray Juan de Zumárraga, creador de la primera biblioteca de México que en 1530 prendió fuego a los códices mayas.

René Descartes, padre del racionalismo moderno, en su *Discurso del Método*, seguro de sus descubrimientos, pidió a los lectores quemar los libros antiguos. David Hume, el filósofo del

billar y las cervezas, no chistó cuando pedía la desaparición de todos los libros sobre metafísica. Martin Heidegger, en un gesto comparable al del apóstol Pedro que niega a su maestro Jesús, como rector designado, sacó de su biblioteca libros de Edmund Husserl (su mentor en fenomenología) para que sus estudiantes los chamuscaran en 1933.

El historiador W. Jütte dice que durante el biblocausto nazi se destruyeron las obras de más de 5 500 autores. Simultáneamente, los estadounidenses escandalizados por tal barbarie, destruían ejemplares del *Ulises* de James Joyce.

Pero también los escritores van contra sus propias obras. Gustav Flaubert, autor de *Madame Bovary*, historia de amor brutal y realista, con tema de adulterio, fue condenada como pornografía cuando se publicó en folletín en un periódico en 1856, y Flaubert fue acusado de ofender la moral pública

y la religión. La corte censuró el libro, pero absolvió al autor. Aunque la novela estaba vendiéndose por millares, Flaubert dijo que deseaba tener suficiente dinero para comprar cada ejemplar y, “arrojarlos al fuego y jamás oír nuevamente del libro”.

La llama viva

En abril de 2003, el gobierno de Estados Unidos ocupó Irak en nombre de la seguridad y democracia, lo que provocó se destruyeran más de un millón de libros en Bagdad. Rumsfeld, un connotado universitario, fue el gestor de este acto infame.

En el pasado 2015 el Estado islámico publicaba fotografías instantáneas donde se podían apreciar las hileras de libros “herejes” ardiendo. En Egipto, autoproclamado combatiente del mismo Estado Islámico, altos funcionarios del Ministerio de Educación se solazan frente a una pira avivada por libros

extraídos de una biblioteca pública, entre los cuales se incluían textos para sensibilizar sobre el peligro del consumo de drogas, libros que abogan por la reforma del discurso religioso escritos por eruditos de la Universidad de Al Azhar —considerada por el actual régimen como un faro del islam moderado —y clásicos como *Bonaparte en Egipto*, del reputado historiador J. Christopher Herold.

La conclusión no parece del todo precipitada: el verdugo de los libros es el intelectual.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| La corbata..... | 9 |
| El regalo..... | 15 |
| Amarillo de infancia..... | 19 |
| El guerrero de las sombras..... | 31 |
| Una caja llamada Idiota..... | 35 |
| La piedra y el semáforo..... | 39 |
| El libro y sus detractores..... | 45 |
| Libros vemos, lectores no sabemos..... | 45 |
| El fuego y los libros..... | 51 |
| El caso griego..... | 53 |
| Otras piras..... | 54 |
| La llama viva..... | 57 |

Este libro se terminó de imprimir en septiembre de 2016, en la ciudad de Guanajuato, en los talleres de Los otros libros.

